



OPINIÓN

Por Manuel Rojas

La perpetua autocritica

Durante varios años trabajé, sin darme cuenta, en Hijo de Ladrón. Hice tres o cinco copias a mano y a máquina, rebice e hice, acabo y desarme. Fue en mi casa, en la de Pablo Neruda y en la de Alfonso Lemus en Isla Negra, en donde pude. Extraje mi casa con Valeria López Edwards y la vida se me hizo más tranquila y más agradable, aunque era tan pobre como antes, aunque, por suerte, igualmente trabajador. Los capitalistas se fueron uniendo a los capítulos y cuando menos pensé vi que tenía una novela de más de trescientas páginas. Nunca había escrito tanto. Y aquí debí confesar que el resultado no fue, exactamente, lo que yo quería, no en el sentido de la historia, que era lo que me había trazado, más o menos, desde el principio, sino en la expresión. Quise hacer algo más denso, había querido hacerlo, escribir de modo más apretado, quizá si más cauteloso. El primer capítulo y dos o tres de los que hay en el libro son lo que quise. Pero, no sé por qué, me abrí, lo que fue tal vez un error, aunque no me abrió para hacer concesiones, sino más bien porque no fui capaz de seguir el tren o porque no poseía los recursos necesarios para presentar variaciones en la expresión. Me pareció, por otro lado, que no había más recursos y la verdad es que no los he visto en otros escritores (después, por supuesto). Debería profundizar más los estudios de caracteres, utilizar en más profundidad los recursos? Es posible, pero no lo hice, tal vez porque temí caer en algo confuso, confuso para mí mismo, o monótono. El monólogo interior, el regreso en el tiempo, la digresión, la corriente de la conciencia, los pasos entre un hecho y otro, y de la primera a la tercera persona y viceversa, son sin duda algunos preciosos recursos, pero no creí que se pueda hacer un libro únicamente para demostrar que se les domina o que hay muchos; es necesario también cuidar del asunto. Creo que el equilibrio entre el tratamiento de un asunto y el asunto mismo es lo que el escritor, el novelista sobre todo, debe buscar. Cuálquier preferencia o unilateralidad le puede ser funesta y eso es más fácil que ocurre en la novela. El paisaje es demasiado amplio, a veces hay que mirar muchas cosas al mismo tiempo y cualquier descuido o presunción causa una pérdida imparable. De todos modos, varias veces me he preguntado: ¿dónde consultaría una novela escrita en la forma en que esta escrita, en Hijo de ladrón, ese capítulo llamado de La Herida? Es cuestión de intentar y ver, y no he perdido las esperanzas de hacerlo.

* Extracto de las reflexiones de Manuel Rojas sobre Hijo de Ladrón incluidas en su Antología Autobiográfica, TIRSA (libro reeditado en 1995 por TDE Ediciones).

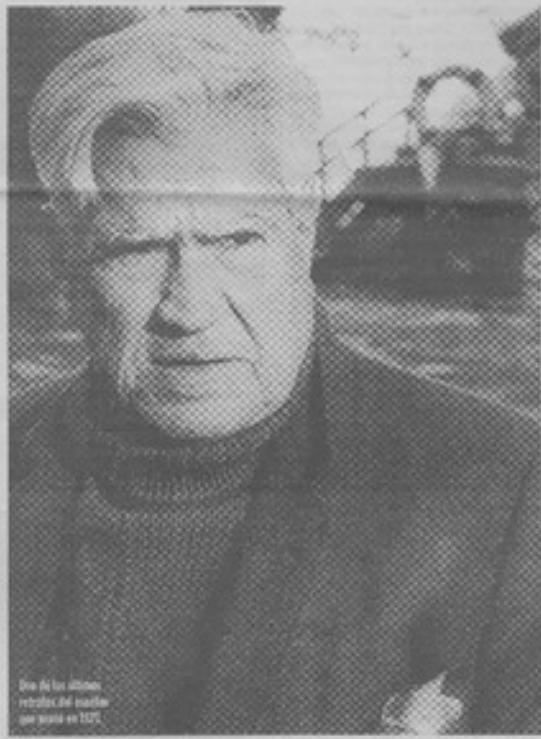
Hijo de ladrón, la obra maestra de Manuel Rojas, cumple medio siglo desde su publicación. El texto se transformó en la puerta de entrada de la literatura nacional a las complejas letras del siglo XX. Escritores y críticos entregan su opinión sobre un texto que lleva a cabo el ideal artístico de su creador: hacer de la vida y la escritura experiencias idénticas.

Por estos días, hace exactamente cincuenta años, un grupo de ocho personas esperaba ansioso que la librería Nascimento abriera sus puertas. Esta mañana se ponía a la venta, por primera vez, la novela *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas (1899-1972). Uno de aquellos individuos era el escritor Alfonso Calderón, en aquél tiempo un joven impetuoso que, en su calidad de admirador del estadounidense William Faulkner y del francés Jean Paul Sartre, tenía la impresión de que la obra de Rojas hacia el libro urgente que requería la novela nacional para renacer. Su abuelo no se vio defraudado. *Hijo de ladrón* fue un éxito inmediato en la literatura chilena hasta tanto la edición clandestina de Canto General, un año antes, sostiene Calderón medio siglo después.

En sus páginas halló todo cuanto esperaba un autor creyendo que aplicaba técnicas modernas a su tema criollo, consiguiendo de esa forma un libro universal que a la vez, según el crítico Nicanor Núñez, se interna inmediatamente en la chilenidad. Sin embargo, como sucede ocurrir con todas las obras que dejan huella, las opiniones aguerridas se superponen sin análisis matemáticamente. Así, el cronista Luis Sánchez Latorre afirma: "Hijo de ladrón le devolvió a la literatura latinoamericana la comprensión personal, el testimonio humano, que se había perdido con la supremacía de la técnica impuesta por el contemporáneo de autores de otras lenguas". Con los años una se aburre con las novelas de laboratorio, se aburre de leer a Joyce, a Roberto Marichal, todos muy interesantes sin duda, y valora más la autenticidad, la fuerza, la vida simplemente".

Ese libro parece tener existencia propia. Al convencimiento el characterizeño de su publicación, su creador va, a juicio de colegas y lectores, otra alguna vez dijo el autor de Eloy, Carlos Díaz Gómez: "el más grande novelista chileno del siglo XX, aunque él opone otra cosa".

Rojas fue un hombre de carácter reservado que no hacia aspavientos con sus blanillas. "Sólo estoy a la defensiva" -recuerda Luis Sánchez Latorre-, como diciendo que él ya tenía de vuelta, y por eso no se remienda en ser atento con los demás. Y era verdad. Su jocundidad fue cosa dura, un día risa, otro no. En suma, era desconfiado". A esa descripción, en resumen casi, habría que añadir las palabras de la doctora Par Rojas, su hija: "Nicanor hablaba demasiado de sus libros, pero sobre las personas que conocía, sí. Demostaba su risueña interior con una risada permanente sobre la gente, de hecho, podía estar horas dialogando con unos campesinos a la orilla del



Diego Gómez
retratado del escritor
que murió en 1972.

Ricardo Mandel con los pescadores de El Quisco. Escuchaba tanto que nada".

Esa cualidad de oyente se refleja, en cierto modo, en su novela criolla. La apropiación que hizo para la literatura nacional del monólogo interior, la combinó con la que Nicanor llama "la narración histórica de la historia". "Los hechos -explica el crítico- los cuentan otros personajes al mismo tiempo y en ese sentido tiene un escritor que comparte con el relato lírico que, impone en

su época". Dicha circunstancia, reconoce Núñez como lector, al principio se le presentó como una dificultad, ya que "en un libro basado en la acción de acción, todo el trabajo consiste en una síntesis del pasado y el futuro en tres días. Sin embargo, en mi segunda lectura me di cuenta que el lector tiene que ser activo, acompañar al protagonista, andar en sus días".

El libro sutilmente se desplaza entre la ficción y la realidad. Relata una mayor orden cronológico

La epopeya de un desheredado

La epopeya de un desheredado [artículo] Iván Quezada E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Quezada, Iván

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La epopeya de un desheredado [artículo] Iván Quezada E. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile